

**Horacio González, *Arlt, política y locura*
Buenos Aires, Colihue, 1996.**

Hoy en día se suele afirmar que un nombre de autor —en este caso el de Roberto Arlt— designa no una persona, ni siquiera un sujeto, si es éste el lugar donde se manifiesta un poder de expresar o el soporte de un espíritu creador, sino más bien un efecto de lectura. Esto es: que “Roberto Arlt” es el nombre que se le ha dado a los sentidos que a través del tiempo se le han atribuido a su obra. Sentidos de los problemas que ella suscita: lugares comunes de la crítica y de la historia literaria.

¿Qué cuestiones se asocian al nombre de Roberto Arlt? Desde el punto de vista de la historia literaria se dice que la obra de Arlt, en particular su novelística, importa la modernización del género en nuestro país, presupuesto compartido tanto por las versiones más “tradicionales” de la historia literaria como por las “nuevas” formulaciones como la de Ricardo Piglia quien, vía Tinianov, habla a propósito de Arlt de un cambio de sistema literario, del pasaje del sistema literario del S. XIX al del S. XX. Asociado a este presupuesto de base histórica se habla del estilo de Arlt, “estilo de mezcla”, “estilo degradado”, que ha sido ocasión de múltiples y variadas consideraciones: de la defensa incondicional de Masotta a la apología de Piglia, pasando por la impugnación más o menos manifiesta de Bianco o de Cortázar, hechas en nombre de “las bellas letras”. A él se vincula lo que hoy se podría llamar la imagen del escritor, objeto relativamente nuevo creado por la crítica literaria que, por un lado nos reenvía al problema de la historia de la literatura, al lugar que en ella ocupa Roberto Arlt a partir de su relación con la tradición, con la cultura oficial, con la lengua nacional, con el público lector, y por otro nos sugiere la reconsideración de los aspectos más “autobiográficos”, la “sinceridad”, el “carácter confesional” de la literatura de Arlt, aspectos que, aunque de un modo algo intuitivo, ya aparecían planteados con cierto afán crítico en el segundo número de la revista *Contorno* dedicado al autor —como es sabido, primera lectura “reconocida” de su obra.

¿Qué temas se identifican como propiamente arltianos? Entre otros, el de la fantasía como “reverso” de la realidad, el del poder de la mentira, el de la invención pseudocientífica y tecnológica, el de la traición y el de la sexualidad sublimada, el de la percepción de la ciudad y la modernidad, el de la representación teatral y la hipocresía social. ¿Qué problemas se han planteado a propósito de la escritura de Arlt? Su relación con los discursos sociales como el folletín, la astrología o el manual de divulgación científica, pero también el fascismo y otros discursos políticos: la “teatralidad” como disposición de su narrativa hacia la representación y el teatro: la “explicación” didáctica como fuerza contra-novelística, sobre todo en *El amor brujo*, su última novela: y también, en lo que hace a la caracterización del realismo arltiano, los “desvíos” que su escritura, de la que no se deja de reconocer una fuerte voluntad de representación, opera sobre el verosímil, sobre todo a través de un trabajo en las instancias del narrador y de la motivación.

Por último, ¿qué efectos se le atribuyen a la literatura de Arlt? En muchos casos, efectos “políticos”, o lo que es lo mismo para cierta crítica de izquierda, “ideológicos”. La de Arlt es una literatura que denuncia la hipocresía de la pequeño burguesía, que desmitifica los ideales de la sociedad burguesa, que muestra, pone en escena sus propias condiciones de producción. O más sencillamente, que refleja la profunda crisis del '30 y sus repercusiones en el hombre de la clase inedia. Denuncia, puesta en evidencia, acción desmitificadora: condiciones de posibilidad de la toma de conciencia por parte del lector del carácter “falso” de toda ideología. Hasta aquí la lista, en absoluto cerrada, de algunas de las cuestiones que convoca el nombre de Roberto Arlt y que son compartidas por la mayoría de los críticos literarios, a veces como puntos de partida, como esos lugares comunes en los que es fácil posicionarse —en principio parece no existir otro suelo— para intentar una aproximación a la obra arltiana que implique algún tipo de desplazamiento de los sentidos ya establecidos. El libro que González le dedica a Arlt, y con el que inaugura la colección “Puñaladas. Ensayos de punta”, no desconoce estos problemas. Por el contrario, retoma muchos de ellos —por cierto, sin apelar en ningún momento al prejuicio crítico de la novedad— para intentar darles un alcance diferente que promueva sentidos inéditos, en función de determinar una nueva definición de la literatura de Arlt.

La lectura de González comienza con una acertada petición de principios que se convierte en condición de posibilidad de su re-lectura y cuyas implicancias —sobre las que volveré luego— bien podrían definir una concepción de la crítica literaria: a favor de “la fuerza inagotable del equívoco”, que convierte la actividad del lector en un “oficio incierto”.¹ De allí la metodología elegida, que

¹ Una concepción de la crítica que se aleja por completo, en este punto, de la de Ricardo Piglia, que define el trabajo crítico como aquel “capaz de borrar la incertidumbre que define a la ficción”.

resulta la más adecuada si pensamos en las descomunales proporciones de la obra de Arlt: además del recorte necesario —González se dedica casi exclusivamente a *Los siete locos-Los lanzallamas*, a tal punto que las demás referencias a los cuentos o a las aguafuertes porteñas aparecen por momentos en función de apoyar las hipótesis acerca de la novela—, el crítico propone el seguimiento de algunas de las zonas de la obra, pegándose a ellas a través del comentario, menos por respeto a la letra escrita que por fidelidad al asombro, al desconcierto que a cada momento Arlt promociona en el lector. Su atención se dirige, entonces, a la economía interna de la obra, en la que los detalles tienen su valor particular, y a la combinatoria siempre heterogénea de elementos, que hacen irreal o quimérica la atmósfera de la realidad representada.

Pero además, es posible constatar otro movimiento del texto de González, o mejor, de su escritura, que, plegándose sobre sí misma, produce una reflexión sobre el trabajo crítico: casi una teoría de la lectura que parte del relevamiento de las “reacciones del lector” ante la obra de Arlt para plantear cuestiones de orden general sobre la lectura considerada como experiencia. A partir, entonces, de la afirmación del valor de la incertidumbre, que para González se expresa en la incesante pregunta acerca del “¿qué habrá querido decir el autor?”, en el libro se consideran, entre otras, cuestiones tales como la del cinismo, que tanto le había interesado a Masotta. primer crítico en despejar la pregunta acerca de si es cínico el escritor que muestra sin distanciarse de él el cinismo de la sociedad; la de la relación de la literatura de Arlt con los discursos sociales y políticos, y con las ideologías de la que son portadores —al respecto González no sólo especifica el tratamiento arltiano de “fusión”, de “choque”, de “puesta en tensión” de las ideologías revolucionarias de la época, sino que también hace una caracterización del contexto histórico, en el que es posible verificar la conjunción de esas ideologías en “estado de combustión”—; se revisa, además, la supuesta influencia de Dostoievski en el escritor argentino, a partir de una comparación del tratamiento de los personajes, de la modalidad que adoptan los diálogos o de la progresión dramática de la historia —comparación que arroja como resultado algunas similitudes y una diferencia esencial entre los dos autores en lo que hace, sobre todo, al ritmo narrativo. Cuestiones todas planteadas de un modo inédito, porque en la lectura de González el sentido de los términos se desplaza, las relaciones se expresan de un modo diferente, los problemas se resuelven según una lógica muchas veces inesperada —y esto, que es efecto de escritura, en tanto que es en la escritura donde se produce la reflexión, es lo que le da al libro una marcada impronta ensayística.

Me detengo, por ejemplo, en el tratamiento de la locura, según el título que González eligió para su libro, uno de los dos términos claves para definir la literatura de Arlt. La locura es considerada por el crítico como efecto y como causa; es tanto ese “temor insidioso” que provoca la literatura de Arlt en el lector, “algo indefinible”, “inaudible”, “involuntario”, como todo aquello que tiene que ver con el uso de la palabra, con el modo de lanzar la frase al mundo, de anular las expectativas del interlocutor. Ya no se trata de un discurso particular, y en cierto modo homogéneo, efecto del “estado” de los personajes, que según una lógica particular se postula como desafío a las reglas del mundo, sino de la manifestación de diferentes mundos en el mundo conocido, cada vez que los personajes se dirigen la palabra. En este sentido, una figura como la del Astrólogo, que se caracteriza sobre todo por el “repentismo”, por “la ocurrencia momentánea que desarma la continuidad del diálogo”, por “el enloquecimiento de la lengua” se vuelve ejemplar y acapara, por momentos, toda la atención de González. En el discurso del Astrólogo, el sin-sentido o el disparate se insinúan a cada paso, y con ellos un mundo nuevo donde no existe principio alguno de contradicción, donde todo es susceptible de convertirse en su reverso, en su contrario.

Del modo de plantear las cuestiones en torno al otro término clave, el de la política —siempre según el título del libro—, también se derivan algunas especificaciones importantes sobre las que vale la pena detenerse. González parte de la constatación de lo que llama “el ambiguo armazón moral de la novela”, del que resulta el efecto —literario por excelencia— de la ficción arltiana: la sustracción (en el lector) de la decisión moral como atributo convencional (de la lectura). Frente a la representación del mal en las novelas de Arlt representación fascinada en el despliegue de sus alcances en el mundo, al lector se le vuelve imposible reponer un juicio de rectitud moral que restablezca cierto orden. En esa imposibilidad, “verdadera experiencia de lectura” que para González es una “experiencia de ficción”, es posible leer cierto cuestionamiento al “humanismo moralista” a partir del cual se afirma la dimensión ética de la literatura de Arlt. En este contexto particular cobra una importancia relevante la polémica que González mantiene con el libro *Astrología y fascismo en la obra Arlt* de José Amícola, a propósito de la cuestión de la representación ficcional de las ideologías políticas. Al explicitar los presupuestos del “realismo ingenuo” en el que para él recae Amícola, y que consiste, básicamente, en la aplicación de categorías políticas a la ficción literaria, González demuestra de qué modo, al postular una relación simple y directa con el “material histórico”, particularmente con las ideologías políticas, la lectura de Amícola se vuelve necesariamente alegórica, en tanto la alegoría es una de las coartadas del crítico a

partir de la cual puede complejizar —en apariencia— la relación entre literatura y realidad. Para González, Amícola reduce los personajes de Arlt al convertirlos en “representantes conceptuales” de “ideas políticas”: Haffner es “el fascista por resentimiento”, Erdosain “el fascista vacilante” y el Astrólogo nada más y nada menos que “el vocero de la ideología más reaccionaria de la década del 30”. A partir de esta polémica, González restablece lo que podría denominarse un principio de pertinencia de la lectura literaria al destacar el lugar de la política en la literatura de Arlt; principio que formula bajo la forma de mi axioma: las ideas políticas en juego (en la ficción literaria) no hacen política, hacen ficción, y sólo en tanto hacen ficción, hacen política. En este punto, es posible reconocer la filiación del libro de González con el que Masotta publicara a mediados de la década del sesenta, *Sexo y traición en Roberto Arlt*; filiación que parece estar confesada desde el principio por González, esto es, desde el título que eligió para su libro. Además de ser fácilmente reconocible en ambos críticos mi mismo gesto de lectura —la operación de recorte y especificación de toda una literatura en la definición de dos términos claves—, también es posible afirmar que el libro de González continúa, en muchos momentos, la reflexión sobre el problema central que suscita la literatura de Arlt, el de su relación con la moral y la política. Es preciso, sin embargo, hacer una distinción esencial entre ambos en lo que respecta a esta cuestión: no encontramos en González la simple inversión de signos valorativos constatable en Masotta, inversión sobre la que se constituye la crítica ideológica —no es a pesar del cinismo de los personajes sino gracias a él que Arlt pone de manifiesto la hipocresía de la sociedad. Frente a la literatura de Arlt, dice González, “sabemos que tenemos que pensar otra cosa” pero enseguida agrega “y no sabemos qué pensar”. Nuevo reconocimiento del valor de la incertidumbre constitutivo —según se desprende del libro—, de todo discurso crítico, siempre dispuesto a emprender el camino de su propio cuestionamiento, en un vaivén continuo entre lo particular —se trata de una lectura, en la que una subjetividad está en juego— y lo general —se postula el sentido de la obra.

González examina la obra de Arlt siguiendo los rumbos de su sensibilidad de lector (arltiano), intentando encontrar las causas que provocan en él y en los demás lectores determinados efectos. Afirma de ese modo su “subjetividad” de crítico literario a partir de una fuerte identificación —“nosotros, lectores de Arlt”, dice—, que se convierte en el lugar privilegiado en el que es posible “encontrar” la singularidad de la obra de Roberto Arlt. Y encontrar, para González, no consiste nunca en el fácil reconocimiento de los sentidos ya establecidos, sino en la invención de nuevas significaciones.

Analía Capdevila